

LÁZARUS

JOSÉ HÉCTOR LONDOÑO TABARES



En una pequeña granja, situada en un lejano pueblo perteneciente al reino de Londín, de poca extensión, pero muy rico; habita una noble y abnegada anciana, que tenía a su cargo y cuidados un nieto, el cual lo había recibido de varios días de nacido ya que su madre murió a los pocos días de haber dado a luz; el niño ya era huérfano de padre, puesto que por esos mismos falleció en heroico combate defendiendo a su reino y su patria.

Cuando Rother cumplió veinte años, su abuela lo llamó a su lecho de muerte. – Rother, ven rápido, que siento la muerte cerca, y quiero que me prometas que seguirás siendo un chico noble y valiente al igual que tu padre. – Te lo prometo abuela – y diciendo estas últimas palabras, la abuela murió en plena paz.

El joven la miró con una mezcla de tristeza y ternura, a la vez que depositó un beso en la blanca y añejada frente de la abuela.

Los pocos vecinos más cercanos de la granja, lo acompañaron en su hora de dolor, y lo ayudaron con los trámites del funeral de la abuela. A Rother le quedaban pocos días en la granja, puesto que ya pertenecía a los acreedores en pago a las deudas contraídas por la enfermedad de la abuela.

El día de su partida, Rother se levantó más temprano que de costumbre. Se sentó en la chambrana de donde se divisaba toda la propiedad. Aspiró profundamente el aire como nunca lo había hecho; se diría que quería retenerlo para siempre.

Rother entornó los ojos y a su mente llegaron los momentos más felices de su niñez, vividos en aquellas tierras que ya no eran suyas; recordó cuando correteaba por los verdes pastizales y trepaba a los manzanos en plena cosecha, le parecía ver a la abuela cultivando las flores; la nostalgia lo embargaba; de pronto un relincho lo hizo despertar de sus ensoñaciones; era Olimpo, su hermoso corcel, último regalo de la abuela, el cual tenía un origen similar, puesto que su madre murió por culpa del crudo invierno.

- Está bien, Olimpo; ya lo sé, es hora de partir; ya nada tenemos que hacer aquí; ¡Vamos en busca de fortunas y aventuras!

Rother fustigó su caballo; el hermoso corcel cruzó raudo las estepas rodeadas de pinos. El canto de los pájaros llegaba a los oídos de Rother como el tintineo de una campanilla que le anunciaba la entrada a un mundo nuevo y desconocido.

Su cabeza era un mundo, de imágenes, donde se veía luchando con un feroz y enorme dragón, en unas lo derrotaba y en otras era vencido por el mismo. Eran sueños propios de chicos de su edad.

Después de cabalgar varios días, llegó a la ciudad de Condín, llamada así en homenaje al padre del actual monarca, en la cual se encontraban magos, encantadores de serpientes, ladrones y mucho más. Hacía ya varios días que no comía; el hambre empezó a dar muestras; cerca de él un vendedor exhibía unos suculentos asados...se llevó instintivamente las manos a los bolsillos y no encontró ni un céntimo; sólo con una medalla que perteneció a su padre, la cual le dio una idea arriesgada pero no tenía de dónde escoger.

Se dirigió al vendedor y le dijo: - Hey, buen hombre, dame un pedazo – el hombre lo miró desconfiado y le dijo: - Primero déjame ver si tienes dinero con qué pagar. – Rother le mostró la medalla sin dejarla tocar – Perdona la desconfianza, pero en estos días no se puede confiar en nadie. – Te comprendo, despreocúpate – replicó Rother. El vendedor le entregó el asado; Rother hizo lo mismo no sin antes echar una mirada al camino por donde sin duda tendría que salir embalado; no había avanzado unos pasos cuando – Hey, deténgalo, ¡es un ladrón! – Gritó el vendedor. Rother echó a correr con todo lo que daban sus piernas, se dirigió al lugar donde había dejado a Olimpo, lo montó de un salto; varios soldados se le vinieron encima. La persecución dio comienzo. No supo cuándo botó el asado; el hambre se le quitó de golpe. Y sus perseguidores no desistían. – Ese caballo parece que volara – decía uno de sus perseguidores. Rother tomó una callejuela que a medida que avanzaba se hacía más sola y enmontada; en su desesperación volteó la cabeza hacia atrás y vio con sorpresa que sus perseguidores se había detenido de repente; - ¡Pero qué pasa, por qué no siguen! – él se ha impuesto su propio castigo, el demonio que reina en ese lugar se encargará de matarlo pues el que entra a esos lugares no sale vivo - ¿Quién será ese “demonio”? ¿Por qué le temen tanto? – Rother siguió su camino sin darle más importancia al hecho; tomó un sendero por donde había indicios evidentes de que hacía muchos años ninguna persona cruzaba a por esos lugares; se preguntaba por qué, si el

paisaje era hermoso. Se respiraba aire puro y tranquilidad, gigantescos árboles en pleno verdor adornaban el paisaje.

Se internó en el bosque; a medida que avanzaba se hacía más hermoso y fascinante; de pronto me encontré ante una enorme cerca, la cual se encontraba cubierta de enredaderas llena de flores moradas; la curiosidad acrecentó. ¿Qué habrá más atrás? – me preguntaba. Quise escalarla pero fue imposible; me dispuse a encontrar la manera de entrar y entonces me di cuenta de que tenía forma circular; caminé alrededor tratando de descubrir una hendidura o algo parecido pero no fue posible, la cerca era tan tupida y espesa que parecía hecha por magia; de pronto tropecé con algo; me agaché y miré; era una argolla pegada con una cadena; la halé y resultó algo pesada; entonces la halé con las dos manos con lo cual se levantó una pequeña de hierro dejando al descubierto una escalerilla; era la entrada que tanto busqué; me dispuse a descender; fue cuando sentí como si unos ojos se posaran sobre mí; pero no presté atención. Comencé a descender, era una escalera de caracol tallada en madera con gran esmero; cuando terminé de descender me encontré con un inmenso jardín con gran variedad de flores; todo se encontraba muy rigurosamente cuidado; lo cual me extrañó pues se suponía que el castillo estaba deshabitado; recordé la extraña sensación que había tenido antes. Seguí caminando por los pequeños espacios que había entre surco y surco; cuando sentí algo así como un rocío en el rostro; proseguí guiado por la humedad, que cada vez se hacía más fuerte, la cual me llevó al centro del jardín; fue entonces que vi la causa de todo, una fuente de agua; pero no muy común y corriente puesto que el agua que brotaba era de color rosado; me quedé anonadado, su belleza era única, me acerqué más y acaricié el agua con las manos; estaba fresca y agradable; me llevé un poco a los labios para mojarlos y tuve otra gran sorpresa pues tenía sabor a vino; dejé el jardín; me dirigí a la primera puerta, cerca de ella se encontraba un gran manojo de llaves. Calculé por lo menos cien; elegí una y procedí a abrir la primera. La curiosidad me embargaba. La alcoba se encontraba iluminada, pero no por la luz natural; la gran luz se debía a la que despedían las hermosas piedras, diamantes, rubíes, esmeraldas, que se encontraban depositadas en cofres de oro macizo; salí de la habitación; todo parecía un tesoro real, ¿pero, de quién?

Abrí la siguiente puerta, entré a la habitación, encontré algo distinto; en unos espacios de roperos se encontraban varios vestidos blancos bellamente acabados con bordados de plata; cerca de ellos, en una urna de cristal se encontraba depositada una espada de gran tamaño, tenía empuñadura de oro e incrustaciones de piedras preciosas; salí de la habitación y mis ojos se posaron en una puerta igual a todas; quise abrirla pero todas las llaves se trabaron inexplicablemente; era como si algo o alguien no quisiera que se abriera; no insistí más, el cansancio me agobiaba, habían sido muchas emociones para un día, la noche ya había caído. Me recosté en un rincón y en un par de segundos me quedé dormido.

Durante el sueño tuve una ensoñación, en ella veía a una hermosa doncella que se encontraba prisionera, procedí a liberarla de la alcoba, prisión o lo que fuera, pero la vieja cerradura opuso resistencia; al rato de tanto luchar comenzaba a ceder, cuando estaba a punto de entrar, una mano recia cayó sobre mí; en ese instante desperté.

Ya estaba de día, se escuchaba el canto de los pájaros, el castillo recobraba vida. Me levanté y comencé a caminar por entre el castillo, sentí hambre, traté de buscar algo para calmarla, encaminé mis pasos hacia la parte trasera del castillo donde encontré toda clase de árboles frutales como jamás imaginé; comí sin cesar hasta quedar satisfecho; fue entonces cuando escuché una voz tronante a mis espaldas; - ¡Porqué hurtas mis más preciados tesoros! – Volteé inmediatamente y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme frente a mí a un ser casi gigantesco de por lo menos dos metros de altura y de color ébano, tenía en la piel una especie de manchitas rojas que lo hacía ver más extraño y feroz, su mirada era feroz y orgullosa; - Sólo calmaba el hambre, y no pretendía robar; y a propósito, ¿quién eres tú y cómo te llamas? – Quién soy yo, el poseedor de todo lo que tus ojos alcanzan a ver, y en cuanto a mi nombre tú ya debes de haberlo escuchado antes, el “demonio” como me llaman todos; - No creo que ese sea tu nombre como tampoco tan malo como dicen; - ¿y cómo soy yo según tú? Me dijo mirándome fijamente. – Te lo diré: un hombre solitario, orgulloso y deseoso de dar y recibir comprensión y amor; - tú sí sabes utilizar las palabras, y puede que tengas razón en algo – esto último lo dijo con una sonrisa de agrado dibujada en sus labios; - es más, te diré mi nombre, serás el primero y el último en saberlo: Lázarus. El último descendiente de una gran raza. – Un gesto de tristeza se dibujó en su rostro. – Pero tú, aún no me has dicho tu nombre. – tienes razón, me llamo Rother y también igual que tú estoy solo en el mundo a no ser por Olimpo. - ¿Y quién es Olimpo? – Mi caballo, mi único legado, ¿quieres saber cómo llegué aquí? – no me tienes que contar algo que ya sé. – ¿Que ya lo sabes? ¿Cómo? – Yo sé todo lo que pasa alrededor de mi castillo y muchas cosas más. – Y dime, ¿cuánto hace que vives aquí? – Toda la vida

- ¿Tienes sirvientes criados como todos los monarcas? – Ja, Ja, - se carcajeó dejando ver una blanca dentadura casi de porcelana. – Bien se ve que no conoces todas las leyendas que dicen de mí. – La verdad es que soy nuevo en el pueblo y no tuve tiempo de escuchar historias, pero me gustaría escuchar tu propia versión, claro, si no tienes inconvenientes – entonces, escucha: como ya dije, soy el último descendiente así que cuando muera mi raza desaparecerá para siempre; fui criado por una hada buena del bosque, según ella, me encontró flotando en el río, me rescató y me crió como su hijo; es lo único que sé de mi origen. – interesante tu historia, en cierto modo se parece a la mía – y después de hablar un largo rato sobre mi origen, dijo: - Sí, tienes razón, hay similitud en nuestros orígenes. – Tengo una pregunta que por lógica hay que hacerla, ¿quién es tu heredero? – varias veces me la he hecho yo mismo y no le encuentro respuesta, me aterra pensar que cuando yo muera mi gran legado se pierda. – Y dime Lázarus, ¿guardas algún otro “tesoro”? – estas palabras cambiaron su actitud, se hizo más severa; mirándome fijamente dijo: - ¿No crees que estás haciendo demasiadas preguntas para estar recién llegado? Mejor deja que pase el tiempo, él te dará todas las respuestas. – Lo siento, no quise importunarte. – No hay cuidado, entiendo tu curiosidad, pero debes controlarte un poco; mejor hablemos de ti, ¿cuándo piensas regresar al pueblo? – No tan pronto, pienso esperar a que se olviden de mí. – Eso está difícil. La gente del pueblo no olvida así de fácil – ¿Por qué lo dices? - ¡Muy pronto lo sabrás!

La noche llegó, otra vez en el castillo todo era paz y tranquilidad. Pero esta vez pernocté en una cama y habitación propia de un príncipe como nunca pensé hacerlo. Durante un largo rato estuve meditando sobre mi presente y mi futuro. Hasta que me venció el sueño.

Desperté con los primeros rayos del sol que me dieron en pleno rostro. En una pequeña mesa se encontraba servido lo que supuse era mi desayuno, comí opíparamente, salí de la habitación, comencé a caminar por los corredores hasta que me detuve ante una puerta la cual estaba entreabierta. La abrí, entonces pude ver al gran mulato con una gran espada, la misma que había visto antes, me quedé asombrado de ver la gran agilidad y destreza con que la manejaba, un guerrero no lo haría mejor; quise devolverme, cuando – quédate, te estaba esperando – no quiero interrumpir – no lo haces ahora, dime ¿te gustaría aprender a combatir, a ser un gran guerrero? – Me encantaría, mi padre lo haría. – Lo primero que tienes que hacer es tener mentalidad positiva, nunca pensar en la derrota; otra cosa importante es saber aprovechar los errores del enemigo; también hay que tener agallas. – Bueno, basta de charla, vamos ahora a la práctica.

Durante un largo rato estuvimos combatiendo hasta quedar exhaustos. Lázarus era todo un maestro y un guerrero consumado; cuando terminamos, dándome la mano me dijo: - Eres un buen combatiente, pero te falta...se detuvo. - ¿Qué ibas a decir? Termina – ser un guerrero naturalmente; pero descuida lo serás tanto como tu padre o más, eso te lo puedo asegurar.

- Gracias por tus palabras, me sirven de aliciente. Dime, Lázarus, ¿has estado alguna vez en combate? – No sólo una, muchas veces; tuve bastantes triunfos y también algunas derrotas; varias veces estuve a punto de morir debido a las heridas; pero eso ya pertenece al pasado; estas últimas las dijo con nostalgia. – Pero tú eres fuerte, diestro. – Aun no entiendo. – Muy pronto entenderás todo.

El día pronto pasó y con él llegó la noche; a diferencia de la noche anterior en ésta sí logré dormir profundamente; al siguiente día me levanté lleno de vigor y optimismo, deseoso de iniciar mi siguiente clase, después de desayunar abundantemente, me dirigí a la sala de entrenamiento donde ya me esperaba el mulato.

- Veo que vienes lleno de ánimos, eso está bien – tú lo has dicho, y esta vez sí te voy a vencer. – Nos colocamos en las posiciones correspondientes y correctas cuando me dispuse a lanzar el primer golpe; algo en Lázarus me llamó la atención - ¿Qué tanto miras con atención? – Si no estoy mal recuerdo que en el entrenamiento de ayer te hice una pequeña herida en el hombro y hoy está como si no hubiera pasado nada, ¿qué me dices a eso? – Veo que eres un gran observador, pero lo dejo para que tú mismo lo averigües. – Comenzamos a combatir, las dos hojas de acero se cruzaban con impresionante rapidez. – Quiero enseñarte un pequeño truco que, aunque así lo sea en cualquier momento puede salvarte la vida; cuando estés frente a tu rival debes tener en cuenta que el sol esté a tus espaldas, para que el reflejo del sol en tu espada lo deslumbre por unos segundos los cuales tú debes aprovechar para derrotarlo. – Te aseguro que lo tendré bien en cuenta.

Reanudamos la lucha y en una arremetida de Lázarus su espada resbaló en la mía hiriéndome el dedo pulgar; este deteniendo el ataque se acercó confundido. – Sólo un pequeño rasguño – - No importa, debes lavarte la herida, por hoy la clase ha terminado.

Lázarus se dispuso a guardar las armas mientras que yo me dirigí directamente a la fuente, cuando estuve ante ella me lancé, el agua estaba fresca y agradable, después de chapotear un rato me retiré, comencé a secarme y a frotarme los brazos frente a los ojos, entonces fue cuando pude ver algo que me dejó anonadado; la pequeña herida que me había hecho antes ya no estaba, se encontraba totalmente cicatrizada, recordé la respuesta de Lázarus unos momentos atrás a mi pregunta sobre su herida en el hombro; era otro secreto de Lázarus.

Después de reponerme un poco del gran descubrimiento tomé camino a mi habitación, la cual pasaba cerca a la alcoba que días antes quise entrar, al pasar junto a la puerta un ruido extraño llamó mi atención, me detuve y pegué el oído tratando de escuchar algo más pero no fue posible; decidí continuar el paso, no había avanzado unos centímetros cuando volví a escuchar los mismos ruidos, esta vez acompañados de una luz, entonces resolví entrar a riesgo de que Lázarus se contrariara pero sentía como la obligación de hacerlo; giré el picaporte y la puerta se abrió sin oponer resistencia como la vez anterior; entré a la habitación y un rayo de luces multicolores me dio en el rostro el cual brotaba de una pequeña caja de cristal; entonces sentí un deseo irresistible, era como un poderoso imán que me atraía hacia la urna; a medida que me acercaba la luz era más intensa, la palpé con las manos y levanté la tapa, entonces la luz fue total seguida de una sonora carcajada; retrocedí hacia atrás buscando la puerta, cuando una mano recia me detuvo; era Lázarus que se encontraba ahí mirándome fijamente como reprochándome lo sucedido pues aunque él nunca me lo dijo ya me lo imaginaba; aunque realmente no sabía qué había pasado. - ¿Qué haces aquí? Que yo recuerde jamás te he dado permiso de entrar - ¿Me creerás si te digo que yo tampoco lo sé? Cuando me di cuenta ya estaba aquí. – Puede que tengas razón en lo que dices. Sabía que algún día tenía que suceder y ese día fue hoy. – Era imposible tener tanto tiempo a alguien poderoso y prisionero. – Pero, ¿de quién hablas? Explícate. – Pues de Luzbelo, mi hermano. – ¿Luzbelo? ¿Tu hermano? Nunca me dijiste que tenías uno. – Nunca me lo preguntaste. Pues ya es hora de que me lo digas. – Tienes razón, creí que nunca se lo contaría a alguien, pero como dije antes ese día fue hoy.

- Tuve un hermano menor inteligente y talentoso, pero con inclinaciones a lo malo y prohibido lo cual siempre se le reprochó; lo contrario de mí, se le castigaba, pero reincidía hasta que a lo último hubo que desterrarlo del hogar, lo cual Luzbelo nunca me perdonó pues decía que yo era el culpable y juró vengarse. - ¿Y lo hizo? ¿Cuál fue su venganza? – Muy pronto lo sabrás, si me dejas continuar. Su primer intento fue tratar de atravesarme con su espada en un duelo cuando no me encontraba en guardia. Sembró el reino de terror y sangre, usurpando mi nombre e imagen cumpliendo así su venganza de la manera más vil y deshonesto. Manchando mi honor y honra, ahora te puedes explicar la mala imagen que tienen de mí en el reino.

- Vaya, nunca llegué a imaginar que tuvieras un hermano así. – y lo malo no es eso, lo peor está por llegar; los acontecimientos que se avecinan van a ser funestos. - ¿No crees estar exagerando, Lázarus?

- Ojalá fuera así, pero con mi hermano Luzbelo todo es posible, esperemos que pasen unos días y tú mismo te convencerás.

Lejos de ahí, en el castillo del rey: había gran alborozo, el primer ministro pedía audiencia urgente para hablar con el rey. - ¿Qué sucede, primer ministro, que interrumpes mi siesta, qué eso tan urgente que debes decirme? – Se trata de él, Majestad; ha vuelto. – “El Demonio de la Oscuridad”. El anciano rey de aspecto noble y altivo miró con estupor a su colaborador. - Quieres decir el maldito déspota y criminal ha regresado, pero entonces no estaba muerto como creímos cuando desapareció envuelto en una nube de luces multicolores. – Sí, así lo creímos todos, pero ahora sabemos que no fue así – Esto quiere decir que vienen días de destrucción y muerte. – Me temo, Majestad, que ya sucedió, una aldea completa arrasada y masacrada, incluyendo mujeres, niños y ancianos; además de destruir sus cosechas y animales, sí, claro, ahí está la marca inconfundible de ese maldito.

Muy lejos del palacio, en las montañas, más exactamente en una fría y tétrica cueva, una anciana de pelo escaso y rostro repelente avivaba el fuego de la hoguera que amenazaba con apagarse. La hechicera averna acusada por muchos de tener pacto con Satanás. De repente se volvió estrepitosamente hacia la entrada de la cueva, sus ojos se posaron sobre una figura alta y atlética de tez blanca y mirada que reflejaba el veneno depositado en su alma.

- Qué tal, bruja maldita, me esperabas, ¿verdad? – Sabía que pronto llegarías. ¿Qué es lo que quieres? – Tú sabes muy bien a qué vengo, quiero conquistar el reino de Codín pero lo que más quiero, ¡es destruir a Lázarus! – Conquistar el reino puede ser fácil, pero destruir a Lázarus sí está muy difícil.

Luzbelo contrariado, tomó por el cuello a la anciana. – Mira, vieja estúpida, no vine aquí por evasivas, vine a que ayudes ¡y lo vas a hacer! – Tranquilízate, no seas tan impulsivo, así no lograremos nada. – Tienes razón, debo controlarme, así destruiré a mi “querido hermano”. – Bien. Ahora que estamos más calmados, vamos a analizar la situación, mejor dicho, a Lázarus. Y a propósito, ¿por qué lo odias tanto? – Eso es algo que no te interesa, pero si lo quieres saber, te lo diré; siempre odié esos aires de gran señor que se daba, y de hombre íntegro; pero no vine aquí a resaltar sus cualidades, vine a que me ayudes a ¡matarlo! – Está bien, no te exaltes. ¿Qué más puedes decirme de él? - ¿Qué quieres saber? – Cualquier detalle que nos lleve a encontrar su punto débil. – Pero cuál, ¡ese maldito es inatacable! – Todos tenemos un punto débil. Tú tienes que saberlo si quieres vencer a Lázarus. – Pero es difícil, nuestra relación siempre fue muy distante; además, él siempre fue retraído en sus cosas.

- Algo como, qué costumbres tiene, qué come, cuándo nació; cosas por el estilo. Cualquier detalle es importante. – Lo único que recuerdo es que los dos nacimos bajo el signo de la piedra de ónix. ¿Sirve de algo eso? – La averna se quedó meditando un rato... - ¿Qué te pasa, te quedaste muda? – Ya, ya; lo tengo. Ya sé cómo podemos vencer a tu hermano. – Pues habla de una vez. ¿De qué se trata? – Si tu “adorado hermano” nació bajo el signo de ónix, con esa piedra lo derrotaremos. - ¡¿Cómo es eso?! Explícate mejor. – Según mis libros de hechicería los nacidos bajo ese signo deben cuidarse de mirar directamente a la piedra en días de eclipse solar, ¡pues resultaría mortal!

Luzbelo tomó fuertemente los escuálidos brazos de la anciana y dijo: - ¡Definitivamente los años te han vuelto estúpida! Bien dicen que los años no vienen solos. ¿No te das cuenta que, si lo afecta a él, también a mí? – Espera, no escuchaste bien. Dije mirar de frente la piedra y, para mayor seguridad, te cubrirás los ojos con un protector de modo que los destellos no lleguen a la retina.

- Tienes razón, sí. Hice bien en buscar tu ayuda. Cuando todos mis planes se cumplan, te prometo recompensarte bien – Esto último lo dijo con algo de ironía.

- Espero que cumplas tu promesa. Tengo algo muy importante que decirte y que ayudará a consumir tus planes; y es, que muy pronto habrá un eclipse de sol, más exactamente, en una semana. Eso quiere decir que Lázarus tiene los días contados.

- Pero hay algo muy importante que no hemos tratado: ¿Cómo vamos a hacer que ese maldito mire la piedra?

- Para ser un hombre con tantas ambiciones, no eres muy listo.

- Cuidado, vieja, con lo que dices, te puede costar caro.

- Guarda tus energías para tu duelo con Lázarus. Y ahora escucha con atención. La piedra de ónix la montaremos en el anillo que llevas en la mano. Lo único que tienes que conseguir es la piedra.

- Muy pronto la obtendré. Y ya sé dónde.

Luzbelo abandonó la cueva, sin dar las gracias, dirigiéndose al palacio real; la noche ya había caído; tomó un lazo y se dispuso a engancharlo en una de las cornisas de la ventana. Atraviesa los grandes corredores y cortinajes de terciopelo color rojo hasta llegar a las habitaciones de la reina. Se dirigió al tocador donde supuso encontraría lo que buscaba. No tardó mucho en encontrar el porta joyas, buscó en él; en su rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción cuando por fin encontró lo que tanto necesitaba. En su mano reposaba la hermosa piedra. La miró detenidamente y para no correr riesgos se había protegido los ojos con un antifaz.

Cuando se dispuso a salir, en ese momento entró la reina. - ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¡Pero si es Luzbelo, el asesino! ¡Auxilio! ¡Él está aquí! – Al instante acudieron varios soldados.

Luzbelo, contrariado, desenfundó su espada. – Maldita. Esto te va a costar muy caro – Y diciendo esto clavó la espada en el pecho de la reina. Se dispuso a hacerle frente a los guardias. - ¡Qué esperan, estúpidos, ataquen!

En cuestión de segundos se deshizo de los guardias.

-Basta ya de ejercicio. Ya tengo lo que quería, ahora me largo – Lanzando una carcajada, desapareció tan fácil como había llegado; dejando su rastro de sangre como siempre.

En el palacio todo era confusión, todo había sucedido tan rápido... el rey daba órdenes a sus súbditos. – Pronto, que venga el médico, revisen a ver qué falta.

Después de revisar por varios minutos, el primer ministro se le acercó al rey.

- Majestad, hemos revisado todo y lo único que falta es la piedra de ónix. La misma que Su Majestad le regaló a la princesa cuando cumplió diez años.

- ¿Para qué querrá Luzbelo algo de tan poco valor? ¿Por qué arriesgó su vida por algo tan insignificante? ¿Qué se propone?

En esos instantes, se presentó la princesa. Una hermosa chica de pelo negro y ojos de un marrón encendido y de mirada limpia. Su cabello negro le caía en los hombros. La princesa lloraba desconsoladamente en los brazos de su padre mientras decía: ¿Será que no hay alguien en este reino capaz de detener a ese “demonio”? Estaría dispuesta a casarme con él si fuera necesario con tal que lo venciera.

- No prometas eso, Tabasa. Tal vez tengas que cumplir esa promesa. Y además no creo que exista alguien tan valiente como para hacerle frente.

- ¡Pero vamos a estar toda la vida a su merced, ¿no?! En alguna parte tiene que haber un hombre con agallas, con un valor a toda prueba y que además sea una persona sencilla.

- Yo creo que ese hombre sólo existe en tus sueños, Tabasa.

Alejémonos un tiempo del palacio real. Y vayamos al castillo del mulato Lázarus, el cual se encontraba ensimismado; cuando la figura bien formada y de rostro agradable de Rother se le acercó y le dijo: - Te he estado buscando por todo el castillo para que practiquemos un rato. – Lo siento; pero ahora no estoy de ánimo para esas cosas. Tengo cosas más importantes en qué pensar. Y además ya eres un gran guerrero, ya estás listo para... – para qué, continúa. – Muy pronto lo sabrás. – Tú nunca dejarás de ser un hombre misterioso, ¿no, Lázarus? Dime qué sucede.

- Se trata de Luzbelo. Ya ha vuelto a las suyas. Ha comenzado a sembrar el terror y el derramamiento de sangre. Y claro, todos me culpan es a mí. Tengo el presentimiento de que muy pronto volveremos a vernos.

El mulato se le acercó mirándolo fijamente con sus ojos negros, a los ojos de Rother del mismo color, pero más intenso; tomándolo por los hombros, le dijo: - Quiero que me prometas por nuestra amistad. Por lo que tú más quieras. Que, si algo me llegara a pasar, tú reivindicarás mi nombre y mi honra. – Te lo prometo, que así lo haré. ¿Pero por qué me preguntas eso?

- Se trata de Luzbelo; tengo el presentimiento de que muy pronto nos volveremos a ver las caras después de tanto tiempo. Y esta vez será la última.

- ¿Has tenido noticias de él?

- Sí; muchas; por todas partes por donde ha pasado ha dejado su rastro de sangre y dolor; y lo más grave es que todo lo ha hecho en nombre mío; la situación es grave; tanto que si no aparece dentro de unos días, ¡yo mismo iré a buscarlo y darle muerte!

- ¿Y por qué no ahora mismo?

- Salir en estos días del castillo puede resultar fatal para mí.

- ¿Fatal? Supongo que es otro de tus secretos.

- Supones bien. Es un secreto que tal vez muy pronto descubras.

Alejémonos del castillo unos momentos y vayamos a un lugar enclavado en las montañas más exactamente en la cueva que sirve de refugio a dos personajes ya conocidos. Luzbelo y la bruja, se encontraban conversando sobre sus planes a seguir.

- Y dime Luzbelo, ¿Ya preparaste la piedra en el anillo? Recuerda que el día está cerca.
- Sí. Todo está listo. Sólo espero con ansiedad que llegue ese maldito día. Para acabar de una vez por todas con esto.
- ¿Estás nervioso? ¿Sientes miedo? Recuerda que ya te venció una vez.
- No estoy nervioso ni tengo miedo. Y en cuanto a que me vuelva a vencer ¡No! Esta vez no sucederá. Ahora estoy más preparado. Además, a Lázarus ni siquiera se le pasará por la mollera el arma que le tengo. Su excesiva confianza en sí mismo, lo perderá.
- ¿No has tenido el deseo de olvidarlo todo?
- No, eso no sucederá. Hay momentos en la vida en que uno no puede echarse hacia atrás, aunque en esto le vaya en fuego la vida. Y este es, uno de esos momentos.
- Está bien, pero no te pongas tan transcendental. Y dime ¿Por qué Lázarus conociéndolo como lo conoces, no te ha salido a buscar?
- Porque si es tan inteligente, como lo sé, sabrá que estos días pueden ser fatales para él. Quisiera que lo hiciera, así me evitaría el trabajo de ¡matarlo! Bueno, basta de charla. Me voy a descansar. Hoy tuve mucho que hacer “en nombre” de Lázarus.
- ¡Un momento Luzbelo! ¿No se te olvida algo?
- ¿Olvidar? ¿Qué puede ser? A mí nunca me pasa eso.
- Pues sí pasa. Recuerdas el trato que hicimos. Que cuando lo destruyeras me recompensarías generosamente.
- Pero él todavía no lo está.
- Aún no; pero todo está meticulosamente calculado para que “aquello” suceda. Nada ni nadie puede evitarlo, ni el mismo Lázarus.
- Tienes razón, te debo algo, ¿y qué quieres que te pague ahora mismo? ¡Aquí tienes mi paga! - Y diciendo esto Luzbelo desenfundó su espada y la clavó en el vientre de la anciana.
- Te lo dije, abuela, a mí nunca se me olvida nada. ¡Y tampoco hago tratos con nadie!

Muy tarde comprendió la bruja averna que con sugestos como Luzbelo no se pueden hacer tratos.

Luzbelo partió para su guarida dejando a la anciana moribunda, en un gran charco de sangre. Lo hizo tan de prisa que no alcanzó a escuchar las últimas palabras de la averna: - ¡Maldito seas Luzbelo! Pero el único consuelo que me queda y que tú no sabes, es que tu fin está también muy cerca. – Diciendo estas palabras la anciana se quedó dormida para siempre.

Volvamos al castillo de Lázarus. El mulato se encontraba ensimismado. De rato en rato observaba el firmamento como deseando que no llegara el fatídico día. En ese estado de depresión lo encontró Rother, extrañado por su comportamiento pues no era normal en él.

- ¿Qué te sucede? Que te encuentro más misterioso que de costumbre.
- No, no es nada. Tranquilízate.
- ¿Que me tranquilice, dices? Pero si estás como loco mirando hacia arriba. Dime qué sucede. Porque algo pasa. No vayas a decirme que todo está normal.
- Tienes razón, siempre he dicho que eres muy curioso y listo. Te voy a contar el motivo de mi preocupación. Resulta que Luzbelo y yo... - Durante un largo tiempo los dos amigos conversaron.
- Ahora que sabes la causa de mi desvelo ¿Qué dices?
- Muy interesante tu relato. Pero, ¿no temes que Luzbelo sepa el verdadero motivo de tu estado?

- No lo creo. Sé que es listo, pero no tanto.

- Yo en tu lugar no estaría tan seguro. Recuerda que Luzbello está lleno de odio. Y eso hace que se vuelva más peligroso.

- ¿No crees que estás exagerando? ¿O que estamos dándole demasiada importancia a algo o a alguien que no la merece?

Dejemos a nuestros dos amigos en su discusión. Y vayamos al palacio real, más exactamente a la alcoba de la reina, donde el drama de su herida continuaba.

El médico de cabecera luchaba en vano por detener la infección que cada vez avanzaba con extraña rapidez.

El rey, mandado a llamar por el médico, se hizo presente en la alcoba. Con gesto de preocupación y tristeza, le preguntó al galeno: - ¿Qué sucede? ¿Por qué me has hecho venir con tanta premura?

- Majestad, lo siento; pero no puedo hacer nada más por salvar la vida de la reina. He hecho todo lo que ha estado a mi alcance, pero ha sido en vano. Sólo un milagro puede salvarla.

- ¿Cómo es posible que tú, el médico de la corte, me salgas ahora con esa historia estúpida? ¡No puedo entender que no seas capaz de curar una herida de espada!

- Ya se lo dije, Majestad. Yo, más que nadie, lo lamento. Pero esa no es una simple herida. Me atrevería a decir que esa herida tiene algo maligno. ¿Acaso, Majestad, ¿olvida quién se la hizo?

- No; no lo he olvidado. Y no tienes por qué recordármelo.

La hermosa princesa se encontraba llorando desconsoladamente al lado de su progenitora. La reina por momentos volvía en sí de sus letargos.

- ¡Despertó! ¡Miren! Volvió en sí. – El rostro de la joven se iluminó por un momento.

- Tabasa, hija, has estado llorando otra vez, si sigues así no vas a tener lágrimas para cuando yo me muera.

- Madre, no digas eso; tú te vas a sanar.

- Oh, mi pequeña; todos sabemos que muy pronto moriré.

- No, no es cierto. Tiene que haber algo o alguien que pueda salvarte. No sé, pero algo dentro de mí me dice que ese alguien existe y que muy pronto vendrá a salvarte a ti de la muerte y a nosotros de ese demonio que te hirió.

- Sigues soñando como siempre; pero dime ¿quién será ese valiente? – Esta pregunta quedó flotando en el aire.

Pero alejémonos del palacio real y de sus habitantes y de sus dramas; para situarnos en el paradisíaco castillo de Lázarus. Rother se encontraba ataviado con equipo de pescar.

- Veo que te diriges al río.

- Sí, eso es bueno para controlar los nervios. Tú deberías hacer lo mismo.

- No, vete tú; no tengo ánimos para ello. Además, estoy esperando a alguien.

- ¿A quién estás esperando?

- A una persona que sé que vendrá hoy.

- Bueno, allá tú que te pierdes de lo bueno. Yo me voy.

- No te preocupes. Ve tú. Diviértete y buena pesca.

Rother se dirigió al río pensativo. ¿Quién podría ser la persona a la cual Lázarus esperaba con tanta ansiedad?

Mientras tanto, el mulato de rato en rato alzaba los ojos al cielo; como en espera de algo o de alguien; era lógico su estado pues en este día habría un eclipse solar; por lo tanto podría ser fatal para él.

Mientras tanto en el palacio real todo era congoja y tristeza pues la salud de la reina cada vez empeoraba más. Todos los esfuerzos que se hacían eran en vano. Tal parecía que nada ni nadie podría salvar a la reina.

Volvamos otra vez con Lázarus, el cual era presa de la ansiedad, paseaba de un lado para otro, bebiendo grandes sorbos de agua.

- Ya es mediodía. Esta espera no puede durar mucho, él tiene que venir, él sabe que es ¡hoy o nunca! Y si no lo hace iré yo mismo en su busca. O tal vez sería que se acobardó. Lo más probable fue eso. En él no sería raro. Pues, en ese caso, tendré que ir en su busca.

Lázarus se dispuso a salir en busca de su espada. En cuestión de minutos salió ataviado con su vistoso traje de combate de color blanco ceñido al cuerpo. Y la hermosa y enorme espada sujeta a su espalda. Se disponía a tomar camino al establo en busca de su corcel, cuando una voz atronadora acompañada de un relámpago le dijo:

- No tienes que ir en busca de nadie, Lázarus. ¡Aquí estoy! Creíste que no vendría, eh, pues ya ves que yo también tengo palabra de honor. Aunque tú no lo creas. ¡Además no podía faltar al día de tu muerte!

- Siempre tienes el vicio de hablar demasiado. Y déjame decirte que no estaba bien seguro de tu llegada. Mejor para mí. Me ahorraste la molestia de ir a buscarte.

- Basta de charla, Lázarus. No vine aquí para eso. ¡Vine a acabar contigo!

- Tienes razón, tú y yo nunca pudimos dialogar. Siempre fuiste egoísta y voluntarioso. Y lo de acabar conmigo está por verse.

- Sabes, Lázarus, siempre odié de ti esa sencillez y ese desprendimiento de las cosas materiales.

- Ahora soy yo el que te dice 'basta de charla'. Y prepárate a pelear.

- Creí que nunca lo dirías.

- Recuerda Luzbelo que ya te vencí una vez. Y lo volveré a hacer ahora.

- No. Esta vez vengo preparado. Además, te tengo una sorpresa que te va a "agradar mucho".

- ¿De qué sorpresa hablas?

- Muy pronto lo sabrás. Y ahora prepárate a morir. ¡En guardia!

Y diciendo estas últimas palabras, los dos colosos desenfundaron sus armas. Se miraron fijamente y con odio por parte de Luzbelo. Giraron en círculo estudiando detenidamente cada movimiento. Lázarus fue el primero en lanzar el primer golpe, el cual fue detenido con gran habilidad por Luzbelo.

- Veo que has aprendido bien – dijo Lázarus.

- Y aún no has visto nada. No sabes lo que te espera.

- Lo dicho. Hablas demasiado.

Las dos hojas de acero se volvieron a cruzar con velocidad impresionante desprendiendo chispas, encendiendo más los ánimos de los rivales. El día avanzaba y con ello se acercaba el acontecimiento que cambiaría el curso de la vida de Lázarus. El combate se encontraba en pleno furor. Los dos hombres estaban bañados en sudor. Mientras tanto el día avanzaba.

Poco a poco la balanza del combate se fue inclinando. En contra de Luzbelo. Éste, consciente de esto, lanzó una mirada al cielo en busca de lo más ansiado para él en estos momentos. La carta que le daría el triunfo. Pero este leve descuido fue aprovechado por Lázarus para herirlo en el antebrazo izquierdo. Este, al verse brotando su sangre, se lanzó lleno de más vigor y odio que antes, logrando herir a Lázarus en el hombro derecho. El combate siguió sin mostrar señas de acabar pronto. El mulato arreció contra su contrincante, éste, al retroceder pisó una piedra floja la cual le hizo perder el equilibrio haciéndolo caer al suelo. Quedando así a merced de Lázarus. Sólo bastaba un golpe para dar fin de una vez a un gran enemigo.

Pero no fue así, Lázarus dando ejemplo de gran nobleza le dijo:

- Levántate, que no quiero matarte aún. Y espero no arrepentirme de esto.

- No esperes que te dé las gracias por tu gran derroche de nobleza, Lázarus. Porque es lo que más odio de ti. Y tú lo has dicho, te vas a arrepentir. Pero despreocúpate no tendrás tiempo para ello. La lucha prosiguió. La destreza, valentía e inteligencia del gran mulato se iba imponiendo.

Y esto lo sabía Luzbelo. Que pensaba para sus adentros:

- ¿Qué pasará con ese maldito eclipse? Si no sucede, estoy perdido.

De pronto, el cielo comenzó a oscurecerse. Era el fenómeno esperado con ansias por Luzbelo y temido por el otro.

Al ver esto Luzbelo, lanzando una sonora carcajada, dijo:

- ¡Ahora sí llego tu fin, maldito negro!

Lázarus miró con temor al cielo y con intriga a Luzbelo. Pues en sí el fenómeno no sería mortal para él. Faltaba "lo otro" lo que sí sería mortal.

Luzbelo sólo esperaba el momento oportuno, el cual comenzó con el ocultamiento del astro rey.

En esos momentos se escuchó la voz sarcástica de Luzbelo, que dijo:

- Mira bien el sol, tal vez sea el último.

Con estas palabras Lázarus comprendió el error que había cometido al haber subestimado a su rival. Él lo sabía todo y también se dio cuenta que su final estaba cerca. Que nada ni nadie podría evitarlo. La idea de huir cruzó por su mente. Pero Lázarus no es de los que huyen. Decidió quedarse y seguir luchando hasta que le quedara un soplo de vida.

El fenómeno duró varios minutos. El sol comenzó a aparecer de nuevo. Luzbelo buscó la forma de quedar al frente del sol. El otro, en cambio, hizo todo lo posible de que no lo lograra. Pero ya estaba escrito en la vida de Lázarus que ése día ocurriría lo inevitable.

Fue cuando Luzbelo lanzó un brutal ataque y el otro, al tratar de evitarlo, una de las enredaderas de su jardín trabó una de sus piernas y éste cayó al suelo dándole la espalda al sol. Momento que aprovechó su rival para enfocar su anillo al sol y dirigirlo a los ojos del mulato.

Lázarus recibió la mortal descarga. Lázarus haciendo acopio de todas sus fuerzas, se levantó de nuevo.

Luzbelo, viendo, enfocó otra vez el anillo con la piedra de ónix, diciendo:

- ¡Muere de una vez, maldito!

El gran mulato no pudo resistir más y se desplomó al suelo. Mientras tanto Luzbelo reía diciendo:

- Creíste que eras invencible, eh; pues ya ves que no, nadie lo es, ni siquiera tú.

Y diciendo esto desapareció de la misma forma misteriosa y acompañado de un relámpago tal como había llegado.

Mientras se desgarró un torrencial aguacero, empapando el cuerpo moribundo del gigante de ébano.

En esos momentos regresaba Rother del río. Llevando en la mano varios peces enormes. Le extrañó un poco el lúgubre silencio que cubría el gran jardín. De pronto en medio de él un cuerpo; entonces se precipitó sobre él.

- ¡Lázarus! ¡Lázarus! ¿Qué te sucede? ¿Qué te han hecho? ¡Contesta!

Pero el mulato no respondía, lo que torturaba más a Rother. Tomó el cuerpo y lo volteó boca arriba, entonces pudo ver los ojos totalmente calcinados por las tremendas descargas causadas por el eclipse por lo que Rother pensó que estaba muerto.

Fue entonces cuando escuchó la voz moribunda de Lázarus.

- Pensé que nunca llegarías.

La alegría volvió a los ojos de Rother.

- ¡Estás vivo!

- Sí, pero no por mucho tiempo.

- Pero dime ¿quién te hizo esto? No debí dejarte solo.

- No te preocupes por lo que aconteció. Tarde o temprano tenía que pasar. Y respecto a quién fue, ¿acaso no te lo imaginas?

Rother no lo pensó más y exclamó:

- ¡Luzbelo, fue Luzbelo! Nunca creí que fueras capaz de hacerlo.

- Lo mismo pensé yo, y ese fue mi error, lo subestimé demasiado, pero ya no vale la pena lamentarse. Sólo quiero que me escuches y pedirte algo.

- Dime qué puedo hacer. Sea lo que sea lo haré.

- Escucha bien, es algo difícil, pero tú estás preparado para hacerlo. Además, eres el único que puede hacerlo. Tienes que destruir a Luzbelo, debes detener esa amenaza a como dé lugar.

- Pero ¿cómo? Es demasiado poderoso para mí.

- Tienes y debes hacerlo. De lo contrario mi alma no encontrará la paz que deseo en cuanto a cómo hacerlo, tú mismo encontrarás la manera, en el momento oportuno y decisivo. Además, recuerda que en el transcurso de nuestras vidas hacemos obras para las que nunca nos creímos capaces; buenas o malas, pero las hacemos; y en la mayoría de ellas las circunstancias nos obligan y esta es una de ellas.

- Está bien. Lo haré. Si ese es tu último deseo lo haré. Además, en honor a nuestra amistad y a la justicia destruiré a Luzbelo. Será un trabajo duro. Lo cumpliré. De eso puedes estar seguro.

- Gracias amigo, no esperaba menos de ti.

Y diciendo esto, el mulato exhaló su último respiro. Al tiempo un trueno rasgaba las nubes y un relámpago iluminaba la oscura tarde. La lluvia arreciaba más. Tal parecía que todo alrededor lloraba y lamentaba la muerte del gigante de ébano.

Rother no pudo evitar que las lágrimas le brotaran. Un hondo dolor lo invadió. Era lógico, el mulato había sido su amigo, su maestro y hasta su protector. Era el segundo ser que más había querido y que también perdía. Otra vez se había quedado solo. Rother se dispuso a dar sepultura al cadáver. Pues no tenía caso esperar. El cuerpo fue enterrado donde Lázarus más hubo querido, en medio del gran jardín, rodeado de las más hermosas flores y árboles.

La noche pasó, el día comenzaba a despuntar, se adivinaba un lindo día. La vida volvía a renacer en el castillo, tal parecía que allí no hubiera pasado nada. Rother se levantó más temprano que de costumbre, dispuesto a partir pues por el momento no tenía nada que hacer en el castillo.

Tomó rumbo al establo donde se encontraba desde ya bastantes días el fiel "Olimpo" que al sentir el olor de su amo lanzó un relincho de saludo y alegría.

- Qué tal, amigo, ¿Me extrañaste, ¿eh? Verdad que sí. Ya sabes a qué vengo. El animal movió la cabeza como en respuesta a la pregunta de su amo.

- Ya lo sabes, eh. Sí, así es. Otra vez tenemos que partir. Como la vez pasada. Sólo que ahora las razones y circunstancias son diferentes.

Rother montó el animal, se dispuso a partir cuando sus ojos se detuvieron en un pequeño objeto tirado en el suelo del establo; se bajó y lo recogió. Se trataba de una moneda tallada en mármol en la cual se dibujaba el cuerpo de una oveja con cabeza de león. Símbolo de soberbia, poder y a la vez de humildad y debilidad. Era el sello real de

Lázarus. Por lo cual decidió guardarlo. Después de esto partió sin más preámbulos directo a la ciudad. Después de cabalgar varias horas, llegó.

Lo primero que escuchó fueron los comentarios sobre la grave enfermedad de la reina la cual se encontraba a punto de morir. Rother pensó que era el momento para congraciarse con la realeza. Y, así, estar más cerca de ellos y protegerlos de Luzbelo. Decidió entonces hablar con un guardia para una audiencia con el primer ministro. Y a través de éste con el rey.

Al rato de esperar llegó el guardia con la respuesta.

- El primer ministro me ordena decirle que no tiene tiempo de atender a nadie. Y menos a un extraño. Así que vete y no molestes.

Rother nunca pensó que le sería fácil por lo que decidió actuar al momento.

- No vine aquí por una negativa. Así que con permiso.

Se dirigió a la puerta del despacho de primer ministro mientras que el guardia le gritaba:

- ¡Oye, tú, te dije que no podías entrar!

Mientras Rother abría con precipitud la puerta.

Ahí se encontraba un hombre de estatura regular de pelo semi-canoso y frente descubierta.

- ¿Quién eres tú que te atreves a entrar así? ¿Acaso vienes a robar?

- Perdón, señor, pero no tenía otra forma. Mi nombre es...

No alcanzó a terminar por el guardia que en esos momentos entraba.

- Lo siento, señor. Pero me descuidé. Y el vago que preguntaba por su presencia se me coló.

- ¡Así que eres tú! Que lo echen a la calle. Y agradece que no te mandé a azotar.

- No creo que seas capaz de hacerle eso al único que puede salvar a la reina.

El primer ministro, al escuchar esto, giró rápidamente en sus talones. Pues todo lo que se relacionara con la salud de la reina le interesaba.

- ¡Qué has dicho! ¿Te quieres burlar de nosotros? Repítelo otra vez.

- Nunca me burlaría. Y menos en estos momentos. Y en cuanto a la vida de la reina, sí, yo puedo curarla.

- ¿Estás seguro de lo que dices? Mira que son muchos los médicos que la han visto, los mejores y todos no han sido capaces. Inclusive nos hemos visto obligados a apelar a brujos y hechiceros. Y tú, un desconocido, nos viene a decir ahora que puede curarla. Mira que si nos estás mintiendo te costará la vida.

- Le aseguro que no.

El guardia que estaba presente intervino.

- Perdón que me entremeta, señor. Pero no confiaré en la palabra de un extraño.

- Estamos en la obligación de hacerlo. Todo sea por la recuperación de la reina. Y, además, ¿ya no lo hemos hecho con otros?

- Está bien. Espera aquí. Le daré aviso y pediré la aprobación del rey.

El hombre tomó camino a las habitaciones del rey el cual se encontraba con las manos en el rostro en señal de dolor y preocupación.

- Siento interrumpirlo, Majestad. Pero creo que es necesario. En el palacio se encuentra un mozalbete que dice poder curar a la reina.

- ¿Tú no le dijiste que ya muchos han tratado de hacer lo mismo y que han fracasado?
- Ya se lo he dicho todo, Majestad. Y aun así insiste. ¿Qué hago? ¿Lo mando a botar?
- Sí. Hazlo. Dices que es casi un niño. Además, creo que lo mejor es resignarnos.

El primer ministro se dispuso a salir de la habitación y en esos momentos hizo su entrada la princesa.

- ¿Quién es ese chico que acaba de entrar al palacio, papá?
- Uno que dice poder curar a tu madre.
- ¿Y por qué no dejas que lo intente? Total, con probar nada se pierde. O mejor dicho no tenemos nada que perder.
- Sólo lo haré porque tú me lo pides.
- Ya escuchaste, primer ministro, hazlo pasar.
- ¡Guardia! ¡Deja pasar al forastero!
- Ya escuchaste, puedes seguir.

Rother se dirigió a las habitaciones del rey acompañado por el primer ministro.

- Aquí está el joven del cual le hablé, Majestad.
- Así que eres tú el que ha formado tanto barullo. ¿Cuál es tu nombre, chico?

Rother Reyland, Majestad.

- Así que eres el que dice poder curar a la reina.
- No. Sólo lo digo. Lo aseguro, Majestad.
- Sabes muy bien lo que te puede pasar si nos estás mintiendo.
- Sí. Además nunca haría tal cosa en estos momentos. Sólo quiero su autorización.
- Está bien. La tienes. Pero, ahora dime, ¿dónde tienes el medicamento milagroso? Porque debe ser eso, mejor dicho se necesita que sea así, para poder sanarla.
- Dónde lo tengo no lo puedo decir, al menos por ahora. Pero que tengo el medicamento sí.
- Bien, confiaré en tí. No sé por qué lo hago pero lo haré. Además, es la primera vez que confío en un extraño. Pero hay algo en ti que hace que lo haga. Así que no me defraudes. Y si tienes esa pócima mágica es mejor que la traigas rápido, que el tiempo es nuestro peor enemigo.
- Gracias, Majestad, por confiar en mí. Créame que no lo defraudaré. Estaré de regreso en una hora.

En esos momentos entró el médico de cabecera dibujando en su cara su gran preocupación y coraje al mismo tiempo por lo impotente; al momento salió Tabasa, la princesa, con el rostro bañado en llanto.

- ¿Qué sucede?
- La reina ha tenido otra recaída. No durará mucho tiempo, máximo unas dos horas.
- Ya escuchaste, muchacho; tu eres nuestra única esperanza; así que ve y vuelve pronto.

Rother salió presuroso de la habitación no sin antes mirar a la princesa que en esos instantes también lo volteó a ver. Sus miradas se cruzaron con gran intensidad y erotismo.

- ¿Quién es ese chico, papá? Alguien que asegura poder sanar a tu madre.
- Parece ser un chico sincero. Lo vi en su mirada.
- Espero que no te equivoques. Por el bien de tu madre.

Mientras tanto Rother tomaba camino al castillo. En su mente sólo llevaba una idea: poder llegar a tiempo y salvar a la reina. Sabía que ello dependía ahora de él.

Después de cabalgar por lo menos media hora, llegó a su destino, haló la cadena la cual abría la entrada secreta y penetró al castillo. Se dirigió al centro del jardín donde se encontraba la singular fuente, sacó una pequeña cantimplora de cuero y la llenó con el precioso líquido y decidió partir rumbo al palacio. El noble animal devoraba la distancia con gran rapidez. Mientras Rother pensaba para sus adentros:

- Si logramos mantener este paso llegaremos puntual a la cita.

Pero había algo con lo que Rother no contaba. A unos cuantos kilómetros unos hombres se encontraban ocultos en la alta maleza, eran salteadores de caminos, los cuales estaban sembrando el terror entre los transeúntes.

- ¿Lista la cuerda? ¿Cubriste bien?

- Sí. Todo está preparado. Sólo falta que pase alguien. Aunque lo dudo. Hemos cometido tantos atracos en esta zona que nadie en su sano juicio se atrevería a pasar por estos lares.

- Pues en caso de que tengas razón, este será nuestro último asalto.

Mientras Rother y su corcel acortaban más y más el camino lo cual les acercaba más a la trampa.

Cuando se encontraban a unos metros el fiel Olimpo quiso detener avisado por su agudo olfato. Pero la presura de Rother no lo permitió. Estando ya a unos metros de distancia quiso detenerse, pero ya era demasiado tarde. La pata del caballo tropezó con la cuerda la cual se encontraba camuflada con la cuerda. Hombre y bestia rodaron por el suelo. La alforja donde llevaba la cantimplora con el agua fue a dar lejos. Rother se levantó sacudiéndose las ropas. Con la cabeza todavía aturdida por el golpe en lo primero que pensó fue en el medicamento. Se dispuso a buscarla, pero por ningún lado se veía. Entonces fue cuando escuchó una voz a sus espaldas.

- ¿Buscas algo, amigo?

Era uno de los facinerosos que se encontraba frente a él con su sonrisa maliciosa.

- ¿Quién eres tú? ¿Qué haces con mi alforja? Devuélvemela que tengo prisa.

- Un momento, chico, no tan rápido. Nosotros sí tenemos todo el tiempo del mundo. Y como veo que esto es muy valioso para ti podemos llegar a un “acuerdo”. ¿Qué dices, chico?

Fue entonces cuando comprendió la clase de persona que era. Pero como no tenía tiempo para más decidió trazar con él.

- Está bien. ¿Cuánto quieres?

- Eso, muchacho, así se habla. Además de la esmeralda que llevas en la chapa de tu cinturón quiero también tu... hermoso caballo.

- ¡Están locos! ¡Eso no puedo hacerlo! La esmeralda es más que suficiente. Lo tomas o lo dejas. - ¡Déjame decirte que tú no estás en posición de decidir! Pues si no aceptas esa propuesta ¡Qué tal esta!

Y diciendo esto Rother desenvainó su espada dispuesto a hacerle frente al bandido. Éste lo miró con burla y asombro a la vez, al ver la osadía del chico.

- Ja, ja. Por lo que veo tienes agallas. Pero no estás en posición de dártelas de “gato bravo”.

Los dos hombres comenzaron a girar en círculo buscando el mejor ángulo para el combate. El bandido, creyendo que todo sería fácil, se lanzó como un búfalo tratando de arroyar a su contrincante; pero éste le hizo el quite con rapidez asombrosa a la vez que trabó los pies del bandido con su pie izquierdo, haciéndolo rodar por el suelo; pero este al verse así, lanzó un silbido; al que Rother no prestó atención; sólo cuando sintió el apretón en el cuello; era el otro bandido compañero del anterior, el cual sólo esperaba la señal.

- Eso es, deténlo ahí, mientras le quito todas las pertenencias. Así como hemos hecho con todos.

El ladrón se acercó confiado y fue ese el momento que Rother esperaba para levantar sus piernas y lanzarlas en forma de tijereta al cuello de su enemigo. Al quedar su cuerpo en forma horizontal, lo hizo girar con fuerza al lado izquierdo, derribando así a sus dos contrincantes, quedando a la vez libre y, sin perder tiempo, lanzó un fuerte puntapié al bandido que lo aprisionó por el cuello. Inmediatamente recogió su espada y la colocó en el pecho de su otro rival.

- Ahora dime, ¿todavía quieres negociar?

- No, no. Déjame ir y te prometo que no volveré a tratar de robar a nadie más.

Mientras el otro se reponía del golpe dado y se lanzaba a la fuga.

- Veo que tu amigo es más cobarde que tú.

- Déjame vivir y tal vez algún día te pague el favor.

- Está bien. Lárgate. No puedo perder más tiempo. Y recuerda tu promesa.

Y diciendo esto recogió su cantimplora, montó su caballo y partió a todo galope; y mientras Rother trataba de recuperar el tiempo perdido, en el palacio las voluntades de sus habitantes se ponían en su contra excepto la de la princesa. El médico de cabecera, con rostro compungivo, se le acercó al rey.

- Majestad, lamento decir esto. Pero a la reina le quedan pocos minutos de vida. Nuestra única esperanza era el chico, pero por lo visto se burló de nosotros.

- En eso tienes razón. ¡ojalá pudiera ponerle las manos encima!

- Un momento, papá. No nos apresuremos a juzgarlo. Aún el tiempo de la cita no se ha cumplido.

- ¿Por qué lo defiendes? ¿Acaso te sientes atraída hacia él?

La pregunta quedó flotando en el aire.

De pronto, la apuesta figura de Rother apareció en la puerta.

- Siento haberme demorado. Pero tuve demasiados problemas durante el camino. Pero aún tenemos tiempo de salvar a la reina. Aquí está la medicina.

El médico, contrariado, arrebató la cantimplora de la mano de Rother. La destapó y la llevó a la nariz.

- ¿Qué pretendes con esto? ¡Es puro vino! ¿Acaso quieres embriagar a la reina?

Diciendo esto, el médico le ofreció la cantimplora al rey para que él mismo se percatara de su contenido, y cuando lo hubo comprobado, montó en cólera lanzándola a un rincón del recinto. Rother viendo esto trató de explicar la situación.

- ¡No es lo que ustedes se imaginan! Les ruego que le laven la herida y...

- ¡Cállate! Ya te hemos escuchado bastante. ¡Guardia! Deténganlo, mañana nos encargaremos de él. Ordenó el rey.

El guardia tomó por el brazo a Rother; éste, resignado, se dejó conducir pasivamente desilusionado. Todo parecía que el gran esfuerzo hecho hubiera sido en vano. Cuando se encontraba a punto de abandonar la habitación, se escuchó la voz de la princesa:

- ¡Vengan todos! Esto es maravilloso.

Todos se dirigieron a la habitación y encontraron a la princesa radiante de alegría. Algo que se había hecho muy poco usual en ella desde el momento en que la reina cayó enferma, pero esto no era el verdadero motivo de la sorpresa; ahí frente a ellos se encontraba la reina incorporada de la cintura para arriba. Ninguno sabía qué decir. Todos estaban mudos de la sorpresa y la alegría; y no era para más pues unos minutos antes se encontraba al borde de la muerte; y ahora la tenían frente a ellos, con el color de la vida reflejado en su rostro.

Rother se quedó un poco atrás. No quiso intervenir en aquel momento tan íntimo. Total, él ya sabía la causa de la recuperación de la reina. En esos momentos recordó la enfermedad de su madre y pensó para sus adentros:

- Si hubiera tenido en esos momentos esta medicina maravillosa, todo sería distinto para mí. Pero así estaba escrito.

Parecía que todos se habían olvidado de él.

- ¿Quién es aquél chico? En esos momentos todos se volvieron hacia él. Tabasa, la princesa, fue la primera en reaccionar y tomándolo de la mano, lo condujo ante ella.

- Mira, mamá; te presento a tu salvador. Sin él, seguramente hubieras muerto.

La reina lo miró con gratitud. Y le dijo:

- Escucha, muchacho. Quisiera decirte tantas cosas. Pero la alegría de estar recuperada otra vez me lo impide. Pero hay una frase que dice: Aquel que salva la vida a otro ser humano tiene ya un pie en el paraíso prometido.

- Gracias, Majestad. Fue un placer haber servido de algo.

- También yo me acojo a lo dicho por la reina – replicó el rey.

- Bueno, ya basta de tantos formulismos. Mejor pensemos cómo celebrar este acontecimiento. Yo propongo una fiesta como ninguna que se haya hecho en el reino – dijo la princesa.

- La idea no está mala. ¿Qué dices tú, primer ministro?

- Me parece muy bien. Ya hemos tenido bastante de tristezas y penas. Y una celebración no le caería mal a nosotros y a los súbditos.

- Entonces no se diga más. Ordena que comiencen los preparativos y decreta dos días de gracia para todo el mundo. Quiero que todos participen de nuestra alegría. Y tú, muchacho, serás nuestro invitado de honor.

El palacio se vistió de gala. Luces multicolores adornaban los salones, pasillos, corredores, alcobas y principalmente la sala principal; donde la orquesta alegraba el ambiente. Todos lucían sus mejores galas. Rother, sentado al lado del rey, vestido con un traje blanco de seda adornado con una hermosa capa de color púrpura más bien parecía el heredero del rey que un simple invitado. Se sentía feliz. Un poco incómodo por las miradas coquetas de todas las chicas hermosas de la fiesta. Pero sin duda alguna el ser más feliz era Tabasa, la princesa. Pero le faltaba algo, que muy pronto descubriría. Por momentos su sonrisa ingenua y encantadora se encontraba con la de Rother. La cual le fascinaba. Todo era diversión, unos bailaban, otros se dedicaban a devorar toda clase de manjares. Los demás a chismosear. En fin, la fiesta era completa. Pero había otros. Los cuales no se dedicaban a lo mismo. Se trataba de los hombres de Luzbelo. Comandados por su lugarteniente, un hombre casi tan cruel como su amo. Pero qué es lo que se proponen aprovechando que todos se dedican a la alegría.

- Y recuerden, muchachos, que todo tiene que salir tal y como lo planeó Luzbelo. Y no olviden que él nunca perdona errores. Tenemos que raptar a la princesa. Nuestro amo la necesita para así obligar al rey a abdicar en el nombre de Luzbelo. Bueno, ya lo saben todo. Así que, ¡vamos!

Los hombres penetraron al palacio sin encontrar mucha resistencia puesto que los guardias se encontraban distraídos con la celebración. Mientras tanto en la sala de baile, la princesa se retiró un momento para retocarse el vestido. Fue entonces cuando escucharon un grito. El cual venía del cuarto de Tabasa. Todo se detuvo. Y en esos momentos el hombre de confianza de Luzbelo salió aprisionando a la princesa por la cintura.

- Les aconsejo que se queden ¡quietos! De lo contrario, la princesa sufrirá las consecuencias.

Rother trató de intervenir, pero el rey lo detuvo por el hombro:

- No, muchacho. Espera. No podemos arriesgar la vida de mi hija. Mejor tratemos de dialogar a ver qué es lo que quieren. Aunque ya creo saber lo que desean. ¡Oye tú! Quienquiera que seas, ¿de parte de quién vienes y qué quiere?

- Oh, veo que eres inteligente. Como debe ser todo monarca. Así que escucha con atención, estas son palabras textuales de mi señor, que abduques el trono en su nombre o de lo contrario no volverás a ver a la princesa.

Tal parecía que no había nada que hacer y que los bandidos se saldrían con la suya. Estos se disponían a salir del palacio contentos porque todo les había salido como lo planeado, más de lo que creían. El jefe del grupo se encontraba feliz.

- Todo salió a la perfección. Luzbelo estará dichoso. Hasta puede que me dé una recompensa.

Los secuestradores saliendo ya del palacio se dispusieron a cruzar un pequeño llano; y al pasar por un enorme árbol, una sombra totalmente blanca se lanzó sobre ellos como una tromba, derribando a dos de un solo golpe dado con los pies, dejándolos sin sentido. De los tres restantes los que iban sin doble carga se dispusieron a hacerle frente. El último, el jefe, el cual llevaba a la princesa, se dispuso a observar. Confiado en que sus hombres lo acabarían en medio de la oscuridad, bajo la luz de la luna, los tres hombres se tronzaron en combate y en par de minutos Rother se dio cuenta de ellos. El otro, al ver esto, se dispuso a huir. Pero este ya tenía las riendas del caballo en sus manos lo que hizo que el animal se levantara hacia atrás lanzado a sus monturas, llevando el bandido la peor parte, pues al caer recibió doble peso y al tratar de incorporarse recibió un tremendo puntapié que lo dejó sin aliento. Después de haber derrotado a sus enemigos, se dispuso a auxiliar a la princesa la cual se encontraba emocionada y a la vez confundida pues el hombre que tantos daños le había hecho al reino, a su familia, ahora estaba allí, arriesgando la vida por salvar la suya, no sabía qué decir, qué pensar, sólo atinó a decir:

- Verdaderamente, ¿quién eres? ¿qué pretendes?

- Sólo un amigo, que desea ser útil.

- Hablas parecido a alguien que conozco hace muy poco.

Y diciendo esto la princesa se desmayó en los fuertes brazos de su salvador. Fueron demasiadas emociones para un día. En el palacio, el rey se disponía como primera medida a mandar un grupo de guardias a perseguir a los raptos.

- Ya no es necesario eso, la princesa está sana y salva.

Todos se dirigieron hacia él.

- Dime, muchacho, ¿qué fue lo que pasó?

- Pues resulta que salí en persecución de esos hombres y cuando atravesé la entrada del palacio, allí estaba ella, desmayada, tal vez traumatizada por todos los acontecimientos por los que tuvo que pasar hoy; sólo necesita reposo.

Mientras tanto en una casona ruidosa, el lugarteniente de Luzbelo daba cuentas de lo sucedido.

- De modo que fallaste, ¡maldito estúpido!

- No fue culpa nuestra, señor, sino de ese demonio vestido de blanco con rostro negro como la noche. Al oír esto Luzbelo soltó de duelo al hombre.

- ¿De qué demonio hablas? ¡Explícate!

- Todo iba tan bien, hasta cuando surgió ese ser como de la nada, cuando menos me di cuenta. Ya había acabado con mis hombres, traté de huir, pero fue inútil, cayó encima de mí como una pantera, hizo encabritar mi caballo y ...no supe más de mí.

Luzbelo lanzó a su compañero contra la pared, mientras pensaba para sus adentros:

- Si no supiera que Lázarus está muerto, diría que se trata de él, pero yo mismo le dí muerte. Yo lo vi caer. O se tratará de otro que está usando las mismas mañas mías. Esto tengo que investigarlo, descubrirlo y destruirlo. Antes que sigas interviniendo en mis planes.

Pero volvamos al palacio, junto con el sol resplandeciente que alumbra el nuevo día, dejando atrás la terrible noche y sus acontecimientos. La princesa se despertaba libre ya de los traumas pasados. Rother que ya se había levantado, se encontraba tras la puerta del cuarto de la princesa.

- ¡Adelante! Siga.

- Qué tal, princesa. ¿Amaneció bien?

- Oh, eres tú, me alegro que hayas venido. Tengo algo que comentarte.

- ¿Y qué podría ser?

- Algo extraño. Pero siéntate aquí en la cama. Como te decía anoche durante el rapto, después que salimos del palacio, al llegar al llano, mejor dicho, después que apareció ese personaje extraño, fascinante a la vez; y aquí está lo más fascinante de todo: que lo encontré parecido a ti.

- ¿Qué dices tú a todo lo que te conté?

Rother la miró fijamente a los ojos por un momento. Entonces se dio cuenta que la princesa no sólo era encantadora, sino que también inteligente.

- ¿Qué pasa? ¿Por qué te has quedado callado?

- Y dime, princesa, ¿te afecta en algo o no esa similitud? ¿Te decepciona o todo lo contrario? ¿No te has puesto a pensar que quizás “ese extraño” pueda ser inocente? ¿Sólo una persona calumniada?

- Pero, ¿por qué te pones así? No estoy condenando a nadie. Sólo hacía un comentario. Además, nunca olvidaré la deuda que tengo contigo. Además, en la forma como lo vi actuar, la forma como me habló las pocas frases, comprendí que ese hombre no puede ser tan malo como dicen. Además, la forma en que arriesgo la vida por salvarme, no, es casi imposible. Pero me queda una pregunta, si no es él el ser que nos está atacando, entonces ¿quién es?

Rother sabía muy bien la respuesta. Pero no podía contestar la pregunta porque eso implicaría que también tenía que contar parte de su vida. Y eso por el momento no lo podía hacer.

- Perdona, princesa, si me emocioné un poco. Pero me molestan las injusticias. Mejor dicho, me enfurecen. Y en cuanto a quien puede ser el criminal, tal vez muy pronto te lo pueda decir.

- Bueno. Olvidemos eso por el momento. Después de todo lo que ha sucedido debemos estar contentos porque se nos han aparecido dos “ángeles” salvadores que, entre otras cosas, fue uno después de ti, ¿no te parece demasiada coincidencia? ¿Eh?

Estas últimas palabras las dijo la princesa con cierta malicia, mirando a los ojos de Rother que supo esquivarlos con suavidad.

- Ahora quiero que hablemos de ti, Rother.

- Bueno, mi vida es poco interesante. Pero si quieres saberla, no puedo negarme.

Rother contó la historia de su vida, saltando varios capítulos, la princesa los escuchó con atención; y cuando hubo terminado le preguntó:

- Entre las cosas que me has contado, no me has dicho si te has enamorado. Dime, ¿alguna vez lo has estado?

- No. Nunca. No he tenido tiempo. O tal vez no he encontrado la mujer de mis sueños.

- ¿Cómo es?

Rother no lo pensó más. La miró a los ojos y le dijo:

- Como tú.

La princesa no se sorprendió demasiado pues ya esperaba esa respuesta, es más la deseaba.

Rother la tomó entre sus brazos y la fue acercando hacia él, sus labios oprimieron los de ella en un beso de sincero amor. Era el nacimiento de un nuevo idilio.

Quisieron repetirlo, pero en ese momento se abrió la puerta del cuarto dando paso a la reina madre.

- Buenos días a todos. ¿Cómo amaneció la hija más linda del mundo?

- Bien, yo me retiro. Ya me cercioré que la princesa está bien. Además, ustedes tendrán mucho de qué conversar.

Al salir éste la joven dio rienda suelta a su entusiasmo.

- Oh mamá, me siento la chica ¡más feliz del reino!

- ¿Y eso por qué? Claro, si se puede saber; aunque ya me lo imagino.

- Por supuesto que se puede saber. ¿Cómo crees que te lo ocultaría a ti? Se trata de Rother, mamá. ¡Me quiere al igual que yo a él!

- Comprendo que estés tan emocionada. Todas las chicas del reino lo están. Pero no debes hacerte muchas ilusiones. Conocemos tan poco de él, es casi un desconocido, y no quiero que sufras una desilusión tan pronto.

- Eso no sucederá, mamá. En lo poco que hemos dialogado sé que es sincero además que está completamente solo. Y debemos tener confianza en él.

- Según por lo que veo y me cuentas sé que estás verdaderamente enamorada. Y me alegro por tí, hija, porque es lo más hermoso que le puede suceder a un ser humano. Mientras madre e hija conversaban, el rey y sus hombres más importantes trazaban un plan maestro para acabar de una vez por todas con la amenaza del enemigo. Rother, que pasaba en esos momentos, fue llamado por el rey para saber su opinión por considerarlo un hombre de carácter.

- Y dime, muchacho, ¿qué dices de nuestro plan?

- Pues le diré, Majestad. Primero tienen que saber dónde está la guarida del enemigo porque si el enemigo no viene a nosotros, tenemos que ir hacia él.

- ¿Y cómo saber dónde queda su guarida?

- ¿Por qué no interrogan a los que trataron de plagar a la princesa y fueron capturados?

- Estupenda idea, chico. ¿Qué opinan, señores?

Todos contestaron afirmativamente.

- Bien, sí, todos estamos de acuerdo.

- Pues entonces comencemos con los interrogatorios. ¡Guardia! Que traigan a uno de los prisioneros.

Uno a uno los prisioneros fueron interrogados. Pero no se les pudo sacar nada en claro. Todos se negaron rotundamente a revelar la guarida de su amo.

Mientras tanto, Rother caminaba por los corredores del palacio tranquilamente con las manos en el bolsillo. Se dirigió al jardín el cual le recordaba al de Lázarus. Se detuvo ante una gran flor y pensó en llevársela a Tabasa. Sacó la mano de su bolsillo para tomarla; y algo como del tamaño de una moneda cayó al suelo sin que Rother se percatara. Y tomó camino a la habitación de la princesa. Pero un guardia que pasaba en esos momentos por ese lugar encontró el objeto. La miró detenidamente. Y dijo para sus adentros:

- Oh, qué interesante. Esto tiene que verlo el rey.

Mientras Rother tocaba a la puerta de Tabasa, recibió la orden de entrar, se dispuso a hacerlo cuando...

- ¡Alto! Queda detenido en nombre del rey.

Rother no podía dar crédito a lo que sus oídos escuchaban.

- Detenido, ¿Por qué? ¿De qué se me acusa?

La princesa que había presenciado todo, intervino:

- ¡No tienen derecho de hacer esto!

- Lo siento, princesa. Sólo cumplimos órdenes del rey. Él les dará todas las explicaciones del caso. Ni Rother ni la princesa podían dar crédito a lo que escuchaban. Que fuera precisamente el rey quien hubiera dictado la orden. Seguramente se trataba de un error. Pensó para sus adentros.

- Eso es, vamos donde el rey, ¡necesito una explicación! ¡¡No permitiré que manchen mi nombre con este trato!

Todos se encaminaron al despacho real donde eran esperados por el rey y sus subalternos.

- Perdone, Majestad. Pero ¡exijo una explicación! El rey con rostro contrariado y decepcionado, se le acercó y le dijo:

- ¡Escucha bien! Quiero que nos digas a todos ¿verdaderamente quién eres? Y ¿qué pretendes con engañarnos a todos?

- Creo que he dado pruebas de mi lealtad y sinceridad.

Entonces el rey hurgó en una gaveta, sacando el signo real de Lázarus.

- Ahora negarás que esto no te pertenece. Te aseguro que no lo hagas pues uno de mis guardias vio cuando se te cayó en el jardín. ¡Nos dirás ahora a qué bando perteneces!

Rother se quedó estupefacto e instintivamente se llevó las manos al bolsillo tratando de encontrar algo, pero fue imposible.

- No te canses de buscarlo. Aquí está al frente de ti. Dirás de una vez por todas. ¿quién diablos eres? ¡O podemos entender el silencio tuyo como una respuesta positiva!

- Lo único que puedo decirles y pedirles es que tengan confianza en mi además de un poco de tiempo.

- Lo siento, pero no es posible. Tendrás varios días para demostrar tu inocencia, pero eso tendrás que hacerlo ¡tras las rejas! Si durante ese lapso de tiempo no lo has hecho, tendremos que colgarte.

Rother fue conducido a los calabozos los cuales se encontraban en los sótanos del palacio con doble seguridad tal como fue ordenado por el rey.

Rother examinó el frío lugar el cual sería su hábitat por algunos días. Todo parecía una pesadilla. Pero lo peor de todo era que todo era real. Se sentó en una vieja cama a meditar sobre los últimos acontecimientos y decía para sí mismo:

- Definitivamente el destino juega con nosotros al igual que la brisa lo hace con las palmeras, hasta hace un momento era un héroe y ahora estoy reducido a un vulgar delincuente; quisiera imaginarme qué estará pensando la princesa de mi ahora. De eso no puedo estar seguro. Pero de lo que sí estoy es que tengo que escapar de este lugar.

Mientras tanto la princesa mediaba en favor de Rother pues, aunque todas las pruebas apuntaban contra él, ella en el fondo de su alma creía en su inocencia.

- Pero, papá, tú no puedes ser tan severo con él, o acaso ya se te olvidó que salvó la vida de mi madre...

- No tienes porqué recordarme algo que ya sé, tú no eres la única que está sufriendo con esta situación, pero yo no puedo dejarme llevar por un sentimiento de gratitud, no con mi investidura de monarca, además todo está contra él, sólo confiemos en que pueda demostrar su inocencia.

- Comprendo tu posición, pero yo sí creo en su inocencia. Y rezaré para que pueda probarla.

Tabasa salió desilusionada, pero con el consuelo de haber hecho el intento. La princesa entró en su habitación donde la esperaba su progenitora.

- Te esperaba. Necesito algo que decirte: quiero que sepas que yo también creo en su inocencia.

- Gracias, mamá. Esperaba oírte decir eso. No esperaba otra cosa de ti.

- Pero también quiero decirte o pedirte que no juzgues mal a tu padre.

- No debes decirme eso. Yo comprendo. Ya no soy una niña. Pero es necesario que él se entere de que nosotros confiamos en él.

- ¿Cómo lo harás? Tu padre te tiene prohibido bajar a los sótanos.

- Le pediremos el favor a un guardia: ninguno se negará a hacerlo si yo se lo pido.

Tabasa llamó a uno de los guardias de más confianza a su habitación.

- Quiero que nos hagas un favor personal.

- Lo que sea, Majestad. ¿De qué se trata?

- Deseo que le lleves un mensaje al nuevo prisionero.

- Pero Majestad, permítame recordarle que la persona a la que se refiere se encuentra incomunicado; pero tratándose de usted me arriesgaré. ¿Cuál es el mensaje?

Tabasa tomó un papel y un lápiz.

- Toma y procura que llegue a sus manos.

El guardia tomó el mensaje y aprovechando que era la hora de llevar los alimentos a los reos, tomó el destinado a Rother, el cual sólo tomó un sorbo de líquido y al levantar el vaso vio el papel. Lo recogió procurando que los demás no lo vieran. Y lo leyó rápidamente. Sus facciones marcaron en gesto de alegría. Las palabras escritas ahí fueron como una inyección de fuerza que le devolvieron el alma. Ahora más que todo estaba decidido a escapar.

- ¡Ey, chico! ¿No quieres comer? ¿O Te has puesto en huelga de hambre?

- ¡Eh, ¡cómo dices!

- ¡Que te bajes de esa nube! Es una broma, no hagas caso. Sólo quiero que me des tu comida.

- Claro, cómetela. No tengo apetito. Tengo cosas más importantes en qué pensar.

- ¿Como cuáles? Si se puede saber.

- Como escapar de aquí.

- ¿Y ya has pensado cómo hacerlo?

- No. Lo único que sé es que tengo que salir de este lugar.

- Pues yo sí sé cómo hacerlo.

Rother miró fijamente al compañero de prisión y en ese momento recordó a alguien conocido.

- Espera. Yo te he visto en alguna parte. Sí, ya recuerdo, tú eres el...

- Sí. El que trató de robarte hace algunos días.

- Pero eso ya no tiene importancia. Quiero que me digas cómo salir.

Aquel hombre introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón sacando un objeto como una especie de llave.

- Con esto abriré la cerradura. Ya lo he hecho antes.

Rother se dirigió al otro prisionero.

- Y tú ¿no quieres escapar también?

- Sí. Aunque no debería hacerlo puesto que mi amo y señor muy pronto vendrá.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque así está planeado por él. El primer paso era plagiar a la princesa, pero si este fallase tomaría el palacio y el poder a sangre y fuego.

Rother comprendió que tendría que actuar más rápido de lo que esperaba. Se dirigió al otro prisionero que luchaba tratando de forzar la cerradura.

- ¿Qué sucede? ¿Por qué no la abrió aún?

- Está algo difícil. Nunca antes había tratado con una de esta clase. Son más complicadas puesto que son de una prisión.

El hombre siguió bregando hasta que por fin se escuchó el sonido peculiar de una cerradura al abrirse.

- ¡Listo! Ya está. Yo sabía que no me iba a ganar.

Los tres hombres salieron tratando de no ser vistos, pero era difícil, había guardias por todas partes. Temiendo un ataque, Rother y los demás se detuvieron un momento.

- ¡Esperen! Así como estamos vestidos no saldremos nunca. Tendremos que conseguirnos varios uniformes de soldados.

Así fue como cada uno fue dejando sin sentido a varios soldados, despojándolos de su ropa. Así los tres se encontraron vestidos como auténticos guardias por lo cual les fue fácil llegar a la puerta del palacio y abandonarlo.

Cuando los tres hombres se encontraron fuera, el que había abierto la cerradura de la prisión dijo:

- Bueno, hasta aquí los acompaño.

- Sí. Tienes razón. Debemos separarnos, así les será más difícil encontrarnos. Pero antes de que te vayas quiero darte las gracias por haberme sacado de prisión – dijo Rother.

- Es lo menos que podía hacer por el hombre que me perdonó la vida.

Y diciendo esto se alejó rápidamente.

El hombre que pertenecía a los de Luzbelo se le acercó a Rother y le dijo:

- ¿Y tú tienes hacia dónde ir?

- No, en este momento estoy dispuesto a ir donde sea o unirme a cualquier bando.

- Si quieres, puedes venir conmigo.

Rother se quedó pensativo un momento para disimular, pues en el fondo eso era lo que él deseaba para así conocer al enemigo y estar cerca de él lo cual era lo más importante.

- Está bien. Iré contigo. Así tendré la oportunidad de conocer a tu jefe. Pero, dime, ¿se encuentra muy lejos el cuartel de ustedes?

- Sí. Por lo cual tendremos que conseguir cabalgaduras.

Los dos hombres se dirigieron a la aldea más cercana donde seguramente conseguirían lo que deseaban. Llegaron a una humilde casa habitada por un matrimonio. El acompañante de Rother se le acercó y comentó:

- Mira. Ahí está lo que necesitamos. Sólo tenemos que tomarlo. Y si el aldeano se molesta lo pasamos a mejor vida.

Rother comprendió las malas intenciones de su indeseado acompañante y decidió actuar rápido.

- No. Tengo una mejor idea. Sin necesidad de usar la violencia.

¡Hey, tú, buen hombre, acércate!

El campesino se acercó desconfiado.

- ¿Qué quieres? ¿Vienes a llevarte lo poco que me queda?

- ¿Qué dices? ¿Acaso te han asaltado? Si es así, te puedo ayudar.

El aldeano miró a los ojos del chico. Y algo en él le inspiró confianza.

- Está bien. Sigue. Perdona que te hable así. Pero hace varios días llegaron unos hombres y se llevaron todo lo que tenía excepto esos dos potros porque los tenía donde un vecino.

- ¿Y tienes idea de quiénes pudieron ser?

- No. Lo único que sé, fue lo que alcancé a oírle a unos de ellos. Que pertenecían al bando de un tal Lázarus. Al oír aquel nombre Rother se sintió casi que obligado a subsanar aquel atropello.

- Mira. En realidad, lo que necesitamos es que nos vendas esos dos caballos.

- ¡Estás loco! Si es lo único que me queda.

- Sí. Comprendo. Pero los necesitamos con premura pues vamos tras la pista de ese bando.

- Si es para atrapar a esos malditos ¡hasta te los puedo regalar!

- No. No hay necesidad de eso, te pagaré lo que valen.

Y diciendo esto Rother desprendió la esmeralda de su cinturón y se la ofreció al campesino.

- Tómala. Te darán un buen precio, con eso podrás recuperar lo que has perdido. Tómalo como un adelanto de justicia.

- Gracias, señor. Gracias. Hombres como tú hacen que uno vuelva a creer en el ser humano.

Rother montó su caballo y partió junto con su acompañante. Después de cabalgar varias horas hacia la montaña, llegaron a una casona de estado ruinoso. Era el cuartel general de Luzbelo. El acompañante de Rother se dirigió a su jefe: el lugarteniente de su máximo jefe, y éste a su vez se comunicó con Luzbelo.

- Perdón, señor, que interrumpa tu descanso. Pero debo informarle que uno de mis hombres el cual se encontraba cautivo en el palacio ha vuelto. Y además ha traído consigo a un aspirante a los nuestros; y quiero que des tu consentimiento pues necesitamos para nuestra próxima operación, la que ya sabes.

- Está bien. Que pase.

Rother fue invitado a entrar.

Por fin tenía la oportunidad de conocer al asesino del amigo y maestro.

Al entrar al cuarto sintió la fuerza de la mirada de aquel hombre por lo cual dedujo que sería un gran rival.

- ¿Así que tú eres el nuevo aspirante? ¿Cuál es tu nombre y porqué quieres pertenecer a los míos? Tú no tienes apariencia de forajido.

- Son muchas preguntas a la vez. Pero todas tienen respuesta. Sí. Soy el nuevo aspirante. Mi nombre es Rother Reyland. Además, quiero estar contigo en la hora del triunfo; y en cuanto a la apariencia, eso se gana con el tiempo.

- Oh, veo que eres inteligente y hábil con la lengua. Espero que también lo seas en el combate.

- ¿Eso quiere decir que aceptas?

- Sí, pero quiero que sepas que no acostumbro a recibir al primero que se me aparece. Pero veo que eres distinto. Y además necesito combatientes para mi próximo ataque el cual será definitivo, devastador; y esa será tu prueba de fuego. Me tomaré el palacio a sangre y fuego.

- Perdona que te pregunte. ¿Cuándo piensas atacar?

- Lo haré con la salida del sol. ¿Por qué lo preguntas? Estás haciendo muchas preguntas.

Al otro día todos se preparaban, Rother se adelantó con el pretexto de avistar las trampas en el palacio. Después de cabalgar a todo galope llegó a la habitación de la princesa. En cuestión de minutos le dio las instrucciones para repeler el ataque. Sin esperar más, partió. A las dos horas llegó Luzbelo y su bando arrasándolo todo a su paso. Cuando creía tener el triunfo en sus manos, en la entrada del palacio apareció la recia figura de Lázarus, que dijo:

- ¡Llegó tu hora, maldito criminal!

Luzbelo quedó atónito.

- ¡No puede ser! Tiene que tratarse de un impostor. ¡Pero lo mataré como hice con él!

Al momento los dos hombres se tronzaron en feroz lucha en la cual uno saldrá vivo. Ambos peleaban sin dar tregua. Las espadas se cruzaban con asombrosa rapidez. En un ataque de Lázarus, logró herirlo en la mano. Y vio cómo esta sanaba inmediatamente. Comprendió entonces que sí era un ser especial y por lo tanto moriría de igual forma. Recordó la historia que una vez le contó su abuela. De un hombre igual que sólo murió clavándole la espada en el ombligo. En esos momentos, este cayó inclinado frente a Luzbelo el cual dijo lanzando una carcajada:

- ¡Muere tú también!

Alzó la espada listo a descargar el golpe mortal pero Lázarus actuó con rapidez y clavó su espada justo en el ombligo de Luzbelo. Éste retrocedió moribundo y emitiendo un grito desgarrador que se escuchó a gran distancia, cayó muerto. Todos vitoreaban al vencedor. Entonces procedió a despojarse de su careta. Todos se dieron cuenta. Que se trataba de Rother de Reyland. Su nombre y el de su amigo Lázarus quedaron limpios de toda culpa. Así la paz reinó.